

ciones, transcurrian las horas, el calor se hacia intenso, y las nubes que aparecian sobre la cúspide de la montaña, anunciaban mal temporal. Así, pues, decidí tomar el bote para trasladarme á bordo.

La aparicion de un navio francés de la fuerza de la Artemisa, fué una novedad que no podia menos de producir gran sensacion en la sociedad de Cabotown, tan ansiosa de placeres y distraccion; frecuentemente acudian á visitar la fragata jentes que despues nos pagaban en tierra con cordial acogida, la que alternativamente les habiamos ofrecido mi estado mayor y yo. La tripulacion, lo mismo que sus oficiales y comandante, dando frecuentes paseos por tierra, cobraron nuevos bríos; los que llegaron enfermos se restablecieron, consiguiendo de este modo poner á todos en estado de arrostrar sin temor de enfermedades, las fatigas que debiamos experimentar durante nuestra larga navegacion. Sin embargo, contaba con tocar en Borbon, á pesar de hallarse la fragata bien provisionada de agua y víveres. Sin obstáculo que se opusiese á nuestra partida, decidí darnos á la vela el 22 de Abril antes de medio dia.

## XII.

### CRISTÓBAL COLON.

Entre los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su genio, hay uno que ha merecido por escelerencia el renombre de grande. Su gloria durará tanto como el universo, y la posteridad mas remota tributará á su memoria unánimes homenajes, porque le debemos el descubrimiento mas importante con que el hombre pueda envanecerse; este hombre memorable es CRISTÓBAL COLON, pue adivinó y encontró un Nuevo-Mundo.

Nació por los años de 1435 ó 1436, en las cercanías de Génova, y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las mas activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana; no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertian con narraciones de aventuras marítimas, que contribuyeron á determinar su vocacion á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensacion á los trabajos y peligros.

Colon, todavía niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debia ser algun dia: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenian ya el carácter de un estudio grave, y revelaban el serio aprendizaje de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colon, á la edad de diez años, sabia leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habian asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la universidad de Pavia, donde estudió la gramática y el latin, que se consideraba en-

tonces como la base de la educacion, y despues la geografía, astronomía y navegacion; pero esta ciencia, entonces tan limitada, no podia satisfacer al jóven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la universidad de Pavia podian enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria, y un año despues se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcacion, con la que hizo muchas veces la travesía de Génova á Nápoles, y de Nápoles á Marsella. Tenia ya algunas de las cualidades del mando; la decision, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetracion y aquella presencia de espíritu, tan necesarias al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Despues de haber tomado parte en la expedicion que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474 muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia Luis XI durante la guerra que tuvo que sostener contra la España, cuyas tropas habian invadido el Rosellon.

Bien pronto la república de Génova reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colon. Habíase reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se combatía por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colon servia á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Despues de cerca de dos horas de combate, llegaron al abordaje, y en aquel crítico momento, el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se estiende con violencia, y obliga á suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas; pero estas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un jóven conserva su sangre fria, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturdidos á vista del doble peligro, corren á su perdicion atestando las chalupas, á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcacion. Esperando el momento mas favorable para abandonarla, salta de improviso al agua, y como experimentado nadador lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él para no ser sumerjido, se dirige hácia la costa de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal, y el atrevido y afortunado navegante era Colon. Escapado como por milagro de este horrible naufragio que habia costado la vida á todos sus compañeros, sobreviviendo el único á aquel gran desastre de los dos navíos, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le habia sal-

vado, y despues de algunos dias de descanso se encaminó á Lisboa.

No hay mal que por bien no venga: Colon debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal, la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los mas hábiles y audaces marinos del universo. Aventurándose en el Océano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demás naciones, habian hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubrimiento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madera. Animándose con este brillante resultado, concibieron el proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografía de los antiguos, se ve que no conocian mas que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopía (1), é ignoraban si la tierra se estendia hasta el polo Norte, ó si terminaba en alguna parte hácia el lado del Mediodía.

Colon ya estaba precedido en Lisboa por su reputacion: ya se habia oido hablar de sus talentos, de su valor, y los mas hábiles marinos le acogieron con las demostraciones de la mas sincera estimacion de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecuentes coloquios que tenia con ellos, la conversacion giraba siempre sobre las empresas de los portugueses, y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico. Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciaba con la India, y debian á este privilegio esclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibian los productos indios por el mar Rojo, que debe su nombre al color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares, no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías, al llegar á este istmo, fuesen desembarcadas para llevarlas á Alejandría de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacian ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastorno y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesidad de cargar y descargar las mercaderías, y estos transportes por tierra desde el mar Rojo hasta la ciudad de Alejandría: así se explica la preocupacion constante de los espíritus y la importancia que se daba al descubrimiento de un camino que hiciese las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció tambien los proyectos de Colon. Se casó con la hija de uno de los capitanes con quienes habia adquirido relaciones en Lisboa: precisamente con el que habia descubierto las islas del Porto-Santo y Madera, y así pudo con-

(1) Plinio, sin embargo, dice: que ya en tiempo de Alejandro se habia dado vuelta al África, y que se habian encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote tambien hace una indicacion sobre este particular.—En cuanto á las escursiones en el grande Océano, ya las hacian los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz, viéndose perseguido por una nave de aquellos, la atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques sin descubrir el secreto del viage.

(Nota del traductor.)

sultar á su placer los diarios y los mapas de aquel hábil navegante. Estos documentos tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones: ni de noche ni de dia se le caian de la mano, comparándolos con las nociones transmitidas por otros navegantes, con sus relaciones y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiria en este asiduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realizacion de los proyectos que tenia en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas exploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azores y las Canarias, en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrías no podian distraerle del objeto que se habia propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. “No hay, se preguntaba muchas veces á sí mismo, otro camino para ir á la India menos largo que el que buscan los portugueses al rededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase via recta al Oeste, al través del Océano Atlántico ¿no se llegaria á una tierra que fuese la India, ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro hemisferio ha sido criado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No, yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus olas este hemisferio; mi razon rechaza esta idea; estoy convencido por el contrario, de que la India es mucho mas vasta de lo que se piensa, y probablemente se estiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcacion guie constantemente al Oeste, y llegará á la India.

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinion de que debian existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitan de un navío portugues que habia avanzado hácia el Oeste en el mar Atlántico, habia recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos de Oeste. El cuñado de Colon le habia asegurado, que en uno de sus viages, con rumbo desde Madera hácia el Oeste, habia encontrado otro pedazo de madera, cuyas labores se parecian á las del precedente, y otros varios se habian encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Océano Atlántico, entre Europa y América, y á las que se llaman tambien islas de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aún desconocida y empujados por los mismos vientos, habian sido arrojados á las costas occidentales de estas islas, y por último, en ellas mismas se habian encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecia de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que habia dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones, fortalecian la conviccion del navegante genovés, que habia decidido la cuestion á favor de su idea fija, mientras que los sabios titubeaban: no obstante, creyó que debia consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la

esperiencia: aquel cuyas luces y reputacion inspiraban mas confianza á Colon, se llamaba Paulo y era médico en Florencia.

Este sabio acojió á Colon afectuosamente; y despues de haber escuchado su razonamiento, que le pareció muy juicioso, le comunicó sus propias observaciones y sus hipótesis, que se conformaban con las de Colon, animándole con ahinco á persistir en su resolucion de llevar cuanto antes á cabo un proyecto, cuyos buenos resultados le presajaba.

Animado con estas palabras, Colon no titubeó en acometer una empresa cuyo plan, sometido al escámen de un juez tan competente, habia merecido su honrosa aprobacion; pero una nueva dificultad tenia al navegante. ¿Podia él con sus escasos recursos subvenir á los gastos de un armamento considerable? ¿Podia él, á su costa, armar los buques necesarios para tan largo viaje? Colon, no desesperando de vencer este obstáculo, conoció bien pronto que semejante expedicion escedia á los medios pecuniarios de un simple particular, y que debia interesar en el resultado de su empresa á uno de los monarcas de Europa.

Primeramente se acordó de su patria, para que gozase el fruto de sus descubrimientos, asociándola á la gloria que él se prometia; se dirigió, pues, al senado de Génova, presentóle sus planes y solicitó los socorros que le eran necesarios para su ejecucion; pero el senado no vió en Colon mas que un aventurero, y respondió á sus proposiciones con una insultante negativa.

Colon, lejos de desanimarse, se dirigió á la corte de Portugal, donde tenia mas probabilidades de alcanzar su pretension, puesto que el gobierno portugués se habia ya ilustrado con atrevidas expediciones. En Lisboa, prestaron la mayor atencion á sus ideas y sus proyectos; pero esta benevolencia ocultaba un lazo tendido á la buena fé del navegante. Aparentaban acogerle con entusiasmo, para abusar de sus revelaciones, ganarle por la mano en su exploracion marítima y arrebatarle el honor de ella. Esto era una traicion infame, y el gobierno que se hizo culpable de ella, ha merecido el baldon de la historia.

A pesar de todo, la traicion fué inútil á este gobierno desleal. Se habia dado prisa á armar un navío, poniéndole á las órdenes de un capitan encargado de ejecutar el proyecto de Colon; pero este capitan carecia de la conviccion tan indispensable para llevar á cabo las grandes empresas. Navegó algun tiempo hácia el Oeste; pero se cansó bien pronto de una correria sin resultados, y volvió á Lisboa, donde su desaliento y sus quejas suscitaron algunas dudas acerca de la exactitud de los cálculos de Colon. En cuanto á éste, indignado de la perfidia del gobierno portugués, salió precipitadamente de Lisboa y se puso en camino para España; pero temiendo que todavía se malograsen sus pasos, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para solicitar socorros.

Ocupaba entonces el trono español, Fernando, llamado el *Católico*, príncipe á quien se circunspecta política y su carácter indeciso, retraian de las

empresas aventuradas. Se hallaba por otra parte empeñado en una guerra contra el último rey de los moros en Andalucía, que tenia su residencia en Granada. Las circunstancias por consiguiente, eran poco favorables á Colon, que no podia prometerse grande acojida á sus proyectos; no obstante, Fernando y la reina Isabel su esposa, le recibieron con distincion, le escucharon atentamente y dieron muestras de haberle comprendido; pero eran tan atrevidas las pretensiones de Colon, que el monarca no se atrevió á acceder á ellas sin someterlas al escámen de hombres que pasaban por muy instruidos. Estos hombres cuyos conocimientos eran muy limitados, solo dieron á Colon las pruebas mas patentes de su crasa ignorancia, haciéndole las objeciones mas estrañas y absurdas; segun algunos, el mar que se estiende entre la Europa y la India, era tan vasto, que se necesitaban por lo menos tres años de la mas feliz navegacion para llegar al continente mas inmediato: otros pretendian que siendo la tierra redonda, era imposible que no se bajase constantemente, haciéndose á la vela hácia el Oeste, y que si se quisiese retroceder, seria preciso subir, lo que no podria hacerse aún cuando el viento fuese favorable, y hasta habia algunos entre aquellos jueces, que trataban de poner en ridículo á Colon preguntándole en tono de burla ¿si acaso creia ser mas instruido que los millares de sabios que habian vivido antes que él, y si era probable que admitiendo la existencia de tierras al otro lado de nuestro globo, hubieran podido permanecer ignoradas por tan larga sucesion de siglos?

No desanimó á Colon la necedad y orgullo de tales jueces, lejos de eso, no dejó traslucir su despecho y su cólera contra sus objeciones, que como se ha visto, tenian á veces visos de insultantes: llevó su reserva y moderacion hasta el punto de discutir las. ¿Quién lo creería, si el testimonio irrefragable de la historia, no probase la infatigable perseverancia de Colon? Pasó cinco años en estas interminables discusiones, y en el momento en que esperaba al fin lograr el objeto de sus desvelos, supo que habian dado al rey un informe desfavorable, y la corte de España le declaró que mientras durase la guerra contra los moros, no podia ocuparse en empresas de esta especie.

Este era un pretexto que no se ocultó á Colon; pero contuvo su indignacion, y no acordándose de sus cinco años perdidos en tan penosa expectativa, tanteó el interesar en la ejecucion de sus proyectos, á dos grandes de España, que eran bastante ricos para costear los gastos de una pequeña expedicion; pero como estos señores no tenian confianza ni resolucion suficientes para satisfacer á la demanda de Colon, sufrió nueva negativa.

Tantos desengaños, contrariedades y repulsas, hubieran determinado á otro que no fuese Colon á renunciar á sus proyectos; mas si hubiera desesperado de su ejecucion, no hubiera sido un grande hombre. Las grandes almas y los caracteres de buen temple, adquieren nueva energia en la lucha que les pone á prueba. ¿Qué importan los obstáculos y las dificultades, que el odio, la ignorancia y la en-

vidia siembran en su camino? Fija la vista en su glorioso fin y en la posteridad que es su único juez, marchan adelante, sin inquietarse por la indiferencia y la ingratitud de sus contemporáneos: del porvenir es de quien esperan justicia, y esta nunca la esperan en vano. Tal fué Colon, debió su gloria á su firmeza inalterable.

Entre tanto, nuevas pesadumbres domésticas aumentaban las tribulaciones de su permanencia en España. El silencio guardado por su hermano Bartolomé, desde su partida á Inglaterra, decidió á Colon á pasar á esta isla. Ignoraba entonces que Bartolomé habia sido apresado en su travesía por unos piratas, y que consiguiendo romper sus cadenas, habia llegado por fin á Inglaterra; pero en tal estado de miseria, que á fin de procurarse los medios de comprar un traje decente, para presentarse en la corte, se habia visto obligado á dibujar y vender mapas.

Colon tenia un hijo llamado Diego, al que amaba mucho, por lo que antes de salir de España, quiso verle, y se presentó en el convento donde era educado (1). El superior de esta casa religiosa, el padre Perez, era un hombre muy sabio, que hizo buena acojida á Colon, escuchando con interés la esposicion de sus planes y la narracion de las contrariedades que ya habia experimentado. El buen religioso comprendió al instante la grandeza y utilidad de la empresa concebida por el genio de Colon, y confiado en su crédito con la reina Isabel, suplicó á su huésped que retardase su partida á Inglaterra, hasta que la reina respondiese á la carta que iba á escribirle.

Esta carta en que el padre Perez hacia las representaciones mas enérgicas á Isabel, hizo la mas profunda impresion en el ánimo de esta princesa. Llamado inmediatamente á la corte, Colon fué recibido con bondad por la reina, y ya los amigos del navegante le felicitaban por su inesperado triunfo, cuando la indecision de Fernando dejó aún fallidas sus esperanzas. Sometió este príncipe de nuevo los planes del genovés, á los mismos hombres á quienes ya habia consultado sobre el particular, y su respuesta fué un nuevo decreto de condenacion, fulminado contra el que ellos llamaban el aventurero italiano. Fernando no quiso desde entonces oír hablar mas de la empresa de Colon, y hasta su protectora la reina Isabel, mandó que se cortasen con él las negociaciones.

Hele aquí espuesto de nuevo á los desdenes y sarcasmos de los cortesanos, porque nunca faltan al rededor de los príncipes, hombres perversos que miran como cosa de juego la calumnia, y que arrastrándose á los piés de sus amos, procuran escitarles una sonrisa aprobadora, escarneciendo al hombre de mérito que ha incurrido en su desgracia. Los envidiosos, que tenian ya tal vez el presentimiento del brillante destino reservado á Colon, no le guardaron consideraciones. Parece que este, agoviado

(1) Este convento era el de la Rávida, de religiosos franciscanos, no lejos del puerto de Palos. El superior ó guardian, se llamaba el P. Juan Perez Marchena, hombre muy instruido, y entusiasta por la gloria de su patria.—[Nota del Traductor.]

de disgustos y aún ultrajes, debiera sucumbir bajo el peso de la adversidad; pero su alma era mas fuerte que ella; se dispuso á hacer la última tentativa con el rey de Inglaterra, ofreciéndole una parte del mundo desdeñada por tres potencias.

La noticia de la conquista de Granada por los españoles, sorprendió á Colon en medio de sus preparativos de partida. Esta victoria de Fernando y de Isabel, habia destruido el imperio de los moros en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á dos amigos de Colon la ocasion mas propicia para recordar á la reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazon humano á los nobles pensamientos, y le anima á la ejecucion de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo se espresaron con tanto calor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colon, y defendieron tan bien su causa, que la reina y su esposo no opusieron mas resistencia. Un mensajero fué enviado para alcanzar á Colon que ya habia partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la expedicion que iba á intentar: fueron inmediatamente aceptadas, y Colon se preparó á la ejecucion de su empresa.

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó mas bien, el tratado revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el vireinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la transmision de esta dignidad á sus descendientes: además, le asegura tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

Isabel, en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la expedicion (2); aunque estipulando, que únicamente sus súbditos castellanos podrian establecerse en los paises descubiertos, y que los extranjeros no tendrian derecho mas que á una permanencia muy limitada. Mientras vivió aquella princesa, tuvo buen cuidado del estricto cumplimiento de esta cláusula, á la que tuvieron que someterse hasta los mismos súbditos de su esposo Fernando, y si hubo escepciones, fueron muy raras.

La corte dió órdenes para el pronto armamento de la expedicion; pero Colon tuvo que luchar todavía con largos retardos y dificultades de mas de un género. Le era preciso ante todas cosas, desvanecer los terrores de los hombres que habian de tomar parte en la expedicion, cuyo objeto, tan vago y remoto, asustaba aún á los marinos mas experimentados. En fin, tres buques fueron equipados en el puerto de Palos, pequeña poblacion marítima de Andalucía. Tal vez Colon no hubiera podido vencer los obstáculos que se oponian á su partida, sin la actividad y los esfuerzos personales de Martin Alonso Pinzon, hábil y rico navegante de Palos, que lo mis-

(2) Para esto empeñó sus mismas joyas á Luis de Santo Angelo, escribano de raciones, el que aprontó sobre las alhajas mas de 16,000 ducados.—[Nota del Traductor.]

mo que su hermano (1), se había asociado á la suerte de Colon. Estos dos hermanos con sus exhortaciones, determinaron á un cierto número de vecinos de Palos, á que les acompañasen. Martin adelantó además á Colon una suma considerable, para completar los gastos del armamento de la expedición, pues pronto echó de ver, que los socorros pedidos al gobierno español no bastaban para costearla. Por otra parte, si no hubiera economizado así sus pedidos, tal vez la corte de España hubiera temido demasiados gastos y entorpecido de nuevo al navegante. Colon se condujo con tal prudencia, que todos los gastos del armamento, no pasaron de veinte y cuatro mil rixdalers; que representan cerca de trescientos sesenta mil reales de España; suma que aún pareció excesiva á la corte, por lo que Colon, para que no se renunciase á la empresa, se comprometió á aprontar la octava parte de los gastos, bajo la condición de ser indemnizado con un octavo del producto del viage.

Colon había pedido tres buques pequeños: de los que le dieron, dos eran embarcaciones ligeras: unas especies de carabelas ó grandes barcas, como las que se han empleado despues para hacer el cabotaje en las costas ó á la entrada de los rios. Estas embarcaciones no tenían puentes, y únicamente su popa y su proa estaban muy elevadas. Por lo demás, Colon había juzgado que la pequeñez de estos navíos era una ventaja para él, pues le facilitaría durante el viage la navegacion cerca de las costas, ó la entrada en las bahías y rios poco profundos. Así, cuando en su tercer viage costeó los bordes del golfo de Paria, se quejó del grandor de su embarcacion; á pesar de que esta, que hacia de navío almirante, no alcanzaba el porte de cien toneladas: se llamaba *la Santa María*, la segunda, *la Pinta* y la tercera *la Niña*. El equipaje de esta reducida escuadra, provista de víveres para un año, presentaba un efectivo de cerca de noventa hombres.

Ya todos los preparativos están terminados, y las embarcaciones están en la rada de Palos. Colon implora á la Providencia, invocando las bendiciones del cielo para su empresa, y despues de haber cumplido este religioso deber, da la señal de la partida. Se hizo á la vela el 3 de Agosto de 1492, alejándose entre estrepitosas aclamaciones de una inmensa muchedumbre que le sigue con la vista y le acompaña con sus esperanzas.

Fiel á su plan, Colon se dirigió hácia las Canarias. Al otro dia de su partida un accidente de poca importancia pudiera haber comprometido el resultado de la empresa, si él hubiera participado de la pusilanimidad supersticiosa de sus compañeros. Rompióse el timon de *la Pinta*, y aún se creyó que esto sucediese por cálculo del piloto, que asustado con los riesgos de la empresa, esperaba obligar á Colon que diese la vuelta á las costas de España. En efecto, á vista del timon roto, el equipaje de *la Pinta* lanzó un grito de desesperacion, y viendo en este

(1) Había además otro hermano llamado Francisco Martin, el mas jóven de los Pinzones, que fué de piloto en la carabela *Pinta*.—[Nota del traductor].

accidente el mas funesto presajio, rodeó á Colon diciéndole.

—Somos perdidos si no retrocedemos al instante: ¡á España! ¡á España!

—¿Qué motivo os obliga, les preguntó Colon, á espesaros así? Compañeros, qué se ha hecho vuestro valor?

—Y qué! contestaban, ¿el cielo no ha cuidado de advertirnos la suerte que nos espera y las desgracias que nos amenazan si queremos continuar un viage de tan peligrosa temeridad?

—¿Cómo! replicó Colon; ¿un accidente tan comun en el mar puede ser considerado como un aviso de Dios, como un pronóstico de infortunios y de peligros? ¿Sabéis, amigos míos lo que significa un timon roto? Significa que es preciso componerle: á la obra, pues, y dentro de algunas horas *la Pinta* podrá arrostrar todos los vientos y hacer frente á todas las tempestades.

—Nuestro almirante, decian entre sí los marineros en voz baja, es un hombre de buen temple. Poca mella le pueden hacer los presajios, puesto que no cree en ellos.

Las pocas palabras pronunciadas por Colon, su sangre fria y su calma habían vuelto la confianza al equipaje de *la Pinta*. Todos los hombres que le componian pusieron manos á la obra, y el timon volvió en breve á su estado primitivo; pero el almirante comprendiendo cuán importante le era prevenir los efectos de aquellos terrores supersticiosos, y preparar á sus compañeros contra la repetición de accidentes como el que había introducido el desorden á bordo de *la Pinta*, hizo todos sus esfuerzos para ilustrar, para instruir aquellos espíritus crédulos, probándoles que la razon rechazaba, repugnaba como una necedad la interpretación de cada accidente como un presajio del porvenir.

—Ocultando á los ojos del hombre su destino futuro, decia él, Dios le ha dado una prueba palpable de su bondad y su sabiduría. Es por consiguiente una locura la pretension de leer el porvenir en ciertos signos, y atribuirles una influencia que nunca pueden tener. El hombre sábio y sinceramente piadoso no se inquieta mas que por el exacto cumplimiento de sus deberes: espera con serenidad y resignacion los decretos de la Providencia; mas nunca inventa prejuizgarlos. Así, pues, camaradas, que no se vuelva mas á dar entrada á esos vanos terrores, á esos presentimientos siniestros, hijos de la credulidad y del miedo. Españoles, acordaos de que vuestra patria os ha confiado una grande empresa, mostraos dignos de llevarla á cabo.

Los compañeros de Colon, sosegados con estas exhortaciones, continuaron su camino y llegaron á las islas Canarias, donde anclaron. Despues de algunas composturas que escijia el estado de los buques, la escuadra se lanzó el 6 de Septiembre al vasto mar occidental, donde ningun navío se había atrevido hasta entonces á desplegar sus velas.

La escuadra sorprendida por una calma, anduvo poco el primer dia; el segundo, ó el tercero segun otros historiadores, perdió de vista las Canarias, y entonces los compañeros de Colon volvieron á su

abatimiento. Parecia que solo entonces apreciaban el motivo de su viage, y espantados de la audacia de su empresa, manifestaban su disgusto y su temor con lágrimas, sollozos y señales de desesperacion, como si ya tocasen al término de su existencia, como si Colon los condujese á la muerte. Semejante á una roca combatida por las olas bramadoras sin ser conmovida, Colon opone su serenidad, su calma y su convencimiento al desaliento general, y el contraste de esta heroica firmeza con las lamentaciones de los que le rodean, les hace avergonzarse de su flaqueza. Les habla de sus esperanzas, de su fé en el resultado de la expedición, y consigue hacerles partícipes de su convencimiento; les muestra en perspectiva los tesoros y la gloria que les esperan. ¿Se atreverian á volver á España donde no encontrarían mas que oprobio y vergüenza por premio de su pusilanimidad? Todos responden que están prontos á seguir á su jefe; á desafiar con él los peligros, y á participar con él del honor de una empresa cuyo triunfo les parece seguro.

Despues de esta victoria conseguida sobre el miedo, Colon se preparó á sostener otros combates porque preveía que sus compañeros pondrian mas de una vez á prueba su constancia, y no tardarian en recaer en su abatimiento y desesperacion. Desde entonces apenas se apartó de la cubierta de su nave, y allí, pié derecho, teniendo ya la sonda, ya el instrumento necesario para las observaciones astronómicas, escaminaba á que grados de longitud y latitud se encontraba la flotilla. Apenas descansaba algunos ratos, porque sabia que el éxito de la empresa dependia de su asidua vigilancia y que todo era perdido, si su enerjía y su actividad se desmentian un solo instante.

Antes de proseguir nuestra relacion, debemos dar algunas esplicaciones acerca de los nombres de longitud y latitud que se podrán encontrar con frecuencia en esta obra. Nadie ignora que la tierra es redonda como una bola, á pesar que presenta en su superficie muchas desigualdades. Hay en esta tierra dos puntos colocados uno frente del otro, y al rededor de los cuales verifica su movimiento continuo de rotacion: estos puntos se llaman polos de la tierra. El mas elevado tiene perpendicularmente encima de sí una estrella que se llama septentrional, por lo que este punto se llama polo septentrional; el otro es el polo meridional.

En medio de la bola figurada por la esfera geográfica, se ha trazado una línea ó un círculo que la divide en dos partes iguales: esta línea no existe realmente, pero ha sido imaginada por la ciencia y se llama ecuador, porque con su ayuda, la tierra se halla dividida en dos partes iguales, y porque los dias son iguales á las noches, cuando el sol se halla perpendicular sobre este círculo. Se llama longitud de la tierra, el espacio que al rededor de ella marca esta línea.

En cuanto á la latitud de la tierra, se halla trazada en la esfera por líneas tiradas desde el polo septentrional al meridional, y que se llaman meridianos porque es Mediodía al mismo tiempo en todos los sitios por encima de los cuales pasa un mis-

mo meridiano, cuando el sol se halla en frente de esta línea.

Se dividen el ecuador y los meridianos en grados, cada uno de los cuales marca un espacio de unas diez y siete leguas y media. El ecuador contiene trescientos sesenta de estos grados, y hay ciento ochenta en un meridiano desde uno á otro polo. Así, decir que tal sitio está al grado trescientos treinta de longitud, es lo mismo que decir, que contando los grados del ecuador desde este sitio, caminando siempre al Oeste al rededor de la tierra hasta el primer meridiano, hay trescientos treinta grados. Decir que este mismo punto está á los ocho grados de latitud, es indicar que hay ocho, contando los grados del primer meridiano desde el ecuador hasta el sitio designado. Cuando se trata de la latitud de la tierra encima del ecuador y hácia el polo septentrional, se llama latitud septentrional, para distinguirla de la que se halla debajo del ecuador hácia el polo meridional y se llama latitud meridional.

Al otro dia de su salida de las islas Canarias, Colon, contrariado por el viento no había avanzado mas de diez y ocho leguas; pero presumiendo que sus compañeros se asustarian, solo con lo largo del camino, juzgó que debía engañarlos acerca del que andaban cada dia; así les anunció que solo se hallaban á quince leguas de las Canarias.

El 12 de Septiembre, que era el sexto dia de su navegacion, se hallaban á los trescientos cincuenta grados de longitud de la isla de Hierro, una de las Canarias, ó lo que es lo mismo, á ciento cincuenta millas de este punto hácia el Occidente y en el mismo grado de su latitud septentrional. En este dia, los marineros vieron el tronco de un árbol muy grande que parecia haber andado por mucho tiempo errante sobre las aguas, y este encuentro les hizo esperar que pronto encontrarían tierras. Esta ilusion duró poco: habrían avanzado como cincuenta leguas mas lejos, cuando un fenómeno vino á introducir de nuevo entre ellos la inquietud y consternacion. Colon mismo no fué dueño de disimular la sorpresa que le causaba.

Se sabe que la aguja tocada al iman es el guia mas seguro de los navegantes: gracias á la propiedad que tiene de dirigir su punta hácia el Norte, pueden reconocer la noche y el dia, los cuatro puntos cardinales y guiarse en su marcha. Sin este guia que hasta entonces había sido fiel, el hombre que hubiese intentado un viage tan largo en un mar todavía desconocido, hubiera merecido con justicia reconvenciones por su loca temeridad. Es fácil, por consiguiente, figurarse la sorpresa de Colon, y el terror de sus compañeros, cuando advirtieron que la aguja de la brújula, en vez de indicar directamente la estrella polar, se inclinaba un grado entero hácia el Oeste.

¿Cuál era la causa de este fenómeno desconocido hasta entonces á Colon y á los demás navegantes? La ciencia consultada hace muchos siglos, todavía no ha podido responder satisfactoriamente á esta pregunta; aunque la declinacion se haya observado muchas veces, y aún anotado exactamente los parajes en que se efectúa. ¿Cuántos mas secretos hay en la